

Gran risa causa al monarca inscripción tan original, y desea tener noticia del raro personaje á quien se refiere; pero la piedra no expresa ni el nombre del difunto ni la fecha de su muerte, y entonces pide informes á los villanos que están cerca, y de ellos sabe que Juan Labrador vive todavía, que es inmensamente rico, que viste paño tosco y come en barro grosero, sin que esto signifique avaricia, pues reparte entre los pobres la mayor parte de su hacienda; y que si jamás ha visto al rey, es porque él lo es en su rincón, donde le ama, obedece y respeta, estando dispuesto á prestarle dinero llegado el caso.

Esto, que al principio fué asunto de risa, acaba por preocupar seriamente al rey, quien no puede comprender conducta tan rara, tan extraña y hasta cierto punto despectiva de la majestad real por parte de un villano, que vive contento en su oscuro rincón, huyendo del brillo deslumbrante de la corte, que con tanto embeleso contemplan las miradas de la multitud.

¡Que con tal descanso viva  
En su rincón un villano,  
Que á su señor soberano  
Ver para siempre se priva!  
¡Que trate con tal desprecio  
La majestad sola una,  
Sin correrse la fortuna  
De que la desprecie un necio!  
¡Que tanto descanso tenga  
Un hombre particular,  
Que pase por su lugar  
Y que á mirarme no venga!

¡Que le haya dado la suerte  
Un rincón tan venturoso,  
Y que esté en él poderoso,  
Desde la vida á la muerte!  
¡Que le sirvan sus criados,  
Y que obedezcan su ley,  
Y que él se imagine rey  
Sin ver los reyes sagrados!  
¡Que la púrpura real  
No cause veneración  
A un villano en su rincón  
Que viste pardo sayal!  
¡Que tenga el alma segura,  
Y el cuerpo en tanto descanso!  
Pero ¿para qué me canso?  
Digo que es envidia pura,  
Y que le tengo de ver.

Esto era lo más fácil del mundo: una orden del soberano bastaba para que el buen Juan abandonase su adorado rincón, y rompiendo el filosófico sistema de su vida entera, se apresurara á presentarse ante quien se dignaba distinguirlo entre la multitud. Pero esto no podía satisfacer al rey, que quería descifrar aquella extraña naturaleza en su modo de ser genuino sin nada que lo alterase, como sucedería indudablemente en el caso de verse arrancado de su quieta morada por un mandato superior. Además, cualquier paso que diese la autoridad suprema para averiguar el misterio de aquel retraimiento singular, no era propio del elevado carácter del monarca; porque, después de todo, ¿qué importancia había que dar á las rarezas de un excéntrico, encastillado en su aislamiento y en abierta contradicción con la conducta

que observan los demás hombres? Sin embargo, en el fondo de aquella extravagancia había algo serio que provocaba la curiosidad real, y era la especie de desafío que un simple campesino lanzaba al omnipotente señor, cuando se sentía feliz y satisfecho en su retiro silvestre, lejos del fausto y la grandeza que cercan á los poderosos de la tierra. En medio de estas perplejidades, el rey elige por último el camino más acertado, según dice á uno de los caballeros que le acompañan, y que le propone llamar al villano filósofo.

Déjole con su opinión;  
Que si al rey con su poder  
No quiere ver, yo iré á ver  
Al villano en su rincón.

En efecto, una noche el rey se presenta en la casa de Juan Labrador, pidiéndole posada bajo el disfraz de un caballero, que andando de caza se había extraviado en el bosque. El villano le ofrece la más cordial y franca hospitalidad, le convida á cenar y le proporciona un cuarto convenientemente aseado para que duerma. Esta escena es interesantísima, pues en ella, y á propósito de las preguntas capciosas del rey, Juan expone con toda verdad los motivos que norman su conducta y la completa felicidad de que goza, considerándose más dichoso que el monarca mismo. A la pregunta de por qué no sale á ver al rey que mil veces pasa por allí, Juan contesta:

Todas esas me he escondido,  
Por no ver el más honrado

De los hombres en cuidado,  
Que nunca le cubre olvido.  
Yo tengo en este rincón  
No sé qué de rey también;  
Mas duermo y como más bién.

REY.

Pienso que tenéis razón.

JUAN.

Soy más rico, lo primero,  
Porque de tiempo lo soy;  
Que solo si quiero estoy,  
Y acompañado, si quiero.  
Soy rey de mi voluntad,  
No me la ocupan negocios,  
Y ser muy rico de ocios  
Es una felicidad.

REY (ap.)

¡Oh filósofo villano!  
Mucho más te envidio agora.

JUAN.

Yo me levanto á la aurora,  
Si me da gusto en verano,  
Y á misa á la iglesia voy,  
Donde me la dice el cura;  
Y aunque no me la procura,  
Cierta limosna le doy,  
Con que coman aquel día  
Los pobres de este lugar.  
Vuélvome luego á almorzar.

REY.

¿Qué almorzáis?

JUAN.

Es niñería.  
 Dos torresnillos asados  
 Y aun en medio algún pichón,  
 Y tal vez viene un capón.  
 Si hay hijos ya levantados,  
 Trato de mi granjería  
 Hasta las once, después  
 Comemos juntos los tres.

REY.

Conozco la envidia mía. (ap.)

JUAN.

Aquí sale algún pavillo  
 Que se crió de migajas  
 De la mesa, entre las pajas  
 De ese corral como un grillo.

REY.

A la fortuna los pone  
 Quien de esa manera vive.

JUAN.

Tras de aquesto se apercibe,  
 (El rey, señor, me perdone)  
 Una olla que no puede  
 Comella con más sazón;  
 Que en esto nuestro rincón  
 A su gran palacio excede.

REY.

¿Qué tiene?

JUAN.

Vaca y carnero  
 Y una gallina.

REY.

Y ¿no más?

JUAN.

De un pernil (porque jamás  
 Dejan de sacar primero  
 Esto) verdura y chorizo,  
 Lo sazonado os alabo.  
 En fin, de comer acabo  
 De alguna caja que hizo  
 Mi hija, y conforme al tiempo,  
 Fruta, buen queso y olivas.  
 No hay ceremonias altivas,  
 Truhanes ni pasatiempo,  
 Sinó algún niño que alegra  
 Con sus gracias naturales;  
 Que las que hay en hombres tales  
 Son como gracias de suegra.  
 Este escojo en el lugar,  
 Y cuando grande, le doy  
 Conforme informado estoy,  
 Para que vaya á estudiar,  
 O siga su inclinación  
 De oficial ó cortesano.

REY (ap.)

No he visto mejor villano  
 Para estarse en su rincón.

JUAN.

Después que cae la siesta,  
 Tomo una yegua que al viento.

Vencerá por su elemento,  
 Dos perros y una ballesta;  
 Y dando vuelta á mis viñas,  
 Trigos, huertas y heredades,  
 (Porque estas son mis ciudades),  
 Corro y mato en sus campiñas  
 Un par de liebres, y á veces  
 De perdices: otras voy  
 A un río en que diestro estoy,  
 Y traigo famosos peces.  
 Como poco, y así á vos  
 Poco os daré de cenar,  
 Con que me voy á acostar  
 Dando mil gracias á Dios.

Aquí se nos presenta uno de esos cuadros de vida campesina, llenos de color, de delicioso realismo, en que Lope de Vega no tiene rival. El artificio dramático no podía ser más ingenioso, ni de mejor efecto, poniendo frente á frente al rey, empeñado en descifrar tan curioso enigma, y al extraño personaje que se jacta de vivir confinado en su cortijo, considerándose más feliz que el mismo soberano, pues gozaba de plena libertad é independencia, no sólo por tener de sobra para satisfacer sus necesidades materiales y sus inclinaciones benéficas, sino por gozar de paz inalterable, exento de cuidados y responsabilidades, sin temores de intrigas ó traiciones de que no se libra ningún gobernante, y que forman una corona de agudísimas espinas bajo las rosas y laureles con que la hipócrita adulación corona su frente. En entera posesión de sí mismo, desarrolla Juan ante los ojos del disfrazado huésped, el brillante panorama de su

dichosa existencia, con el sencillo engreimiento de quien goza en comunicar á los demás los favores de su envidiable fortuna. El rey escucha atento aquel interesante relato, comprende y siente las profundas verdades que con tanta sencillez se le presentan, y desaparece al fin la duda que pudiera quedarle sobre la disposición en que se encontraba el villano respecto de su persona, cuando insiste en saber por qué se rehusa ver al monarca.

Yo soy rey de mi rincón;  
 Pero, si el rey me pidiera  
 Estos hijos y esta casa,  
 Haced cuenta que se pasa  
 A donde el rey estuviera.  
 Pruebe el rey mi voluntad,  
 Y verá qué tiene en mí;  
 Que bien sé yo que nací  
 Para servirle.

REY.

En verdad,  
 Si necesidad tuviere,  
 ¡Prestaréisle algún dinero!

JUAN.

Cuanto tengo, aunque primero  
 Tres mil afrentas me hiciere;  
 Que del señor soberano  
 Es todo lo que tenemos,  
 Porque á nuestro rey debemos  
 La defensa de su mano.  
 El nos guarda y tiene en paz.

REY.

Pues ¿por qué dais en no ver  
A quien noble os puede hacer?

JUAN.

No soy de su bien capaz,  
Ni pienso yo que en mi vida  
Pueda haber felicidad  
Como en esta soledad.

Los sentimientos del rey, como era natural, han cambiado enteramente. He aquí cómo explica la mudanza que en sus ideas ha efectuado la visita á Juan Labrador.

FINARDO.

Te oí

Aborrecer al villano  
Y hablar de su pertinacia:  
¿Por dónde vino á tu gracia?

REY.

Porque toqué con la mano  
El oro de su valor,  
Cuando en su rincón le ví;  
Que yo por él y por mí  
Pudiera decir mejor  
Lo que de Alejandro griego  
Y Diógenes: el día  
Que le vió, cuando tenía  
Casa estrecha, sol por fuego,  
Dijo que holgara de ser  
Diógenes, si no fuera  
Alejandro; y yo pudiera  
Esto mismo responder,  
Y con ocasión mayor,

Porque, á no ser rey de Francia,  
Tuviera por más ganancia  
Que fuera Juan Labrador.

Consecuencia de este cambio son los favores y distinciones que el rey concede al villano filósofo, dando á su hijo el título de caballero, concediendo una rica dote á su hija, y nombrando al mismo Juan, mayordomo del rey, con lo cual quedaba obligado á verle por el resto de su vida. De suponer es que todas estas muestras de la gracia real, no deben haber dejado satisfecho, por lo menos en lo que se refería á su persona, al humilde labriego, forzado á abandonar su dichoso retiro para tornarse cortesano, carácter que un campesino compendia hábilmente en la siguiente semblanza:

Cumplimientos extraños, ceremonias,  
Reverencias, los cuerpos espetados,  
Mucha parola, murmurar, donaires,  
Risa falsa, no hacer por nadie nada,  
Notable prometer, verdad ninguna,  
Negar la edad y el beneficio hecho,  
Deber. . . . y otras cosas más sutiles  
Que te diré después por el camino.  
—Notable cortesano te imagino.\*

\* En el tomo XLVII de la Biblioteca de Autores Españoles, 1º de los Dramáticos posteriores á Lope de Vega, colección formada por D. Ramón de Mesonero Romanos, se encuentran varias comedias de D. Juan Matos Fragoso, de las cuales se expresa así el Señor Colector:

«Muchas, es verdad, la mayor parte de aquellas producciones están ofuscadas por aquel mal resabio del gusto gongorino, contra el que todos los poetas clamaban, y á que todos, y Matos muy principalmente, rendían tributo, sin duda por complacer al público, que debía saberle bien lo que no entendía; muchos de sus argumentos son en extremo disparatados y extravagantes, muchos de sus caracteres inverosímiles, muchos de sus razonamientos alambicados é imposibles de comprender. Pero en cambio de estos achaques, comunes á todos los escritores

Bien se comprende que el villano en su rincón corresponde al ideal de Lope, en cuyo espíritu elevado, que con tanto desprecio veía las vanidades mundanas, haciéndole suspirar por la soledad, por el alejamiento de las cortes, había también un venero inagotable de ternura, de amor inmenso á la naturaleza, á la familia, á los seres con quienes lo unían

de aquella época é hijos del mal ejemplo de Lope y de su Arte nuevo de hacer comedias, pueden escogerse hasta una docena de las de Matos en que campea su despejado ingenio con más regularidad, en que brillan sus dotes poéticas en toda su lozanía y vigor. Estas comedias son las tituladas «*El sabio en su retiro y villano en su rincón, etc.*»

Más adelante agrega: «En especial la primera, de «*El sabio en su retiro*» es una bellísima producción, que bastaría por sí sola á enaltecer el nombre de su autor; la novedad del argumento, la creación del singular carácter de Juan Labrador, la discreta combinación del plan, y la poética belleza del estilo, se reúnen en esta comedia para hacerla una de las más notables, si no la primera de nuestro teatro de segundo orden.» Y por último, insistiendo sobre el mismo punto dice luego: «Refiriéndonos á la primera de aquellas comedias, «*El sabio en su retiro,*» sería difícil escoger trozos, razonamientos ó diálogos que dieran á conocer su estilo poético, porque siendo demasiado abundantes y extensos; é insertando el mismo drama, parecería acaso enojoso, y también porque la principal belleza de él consiste en la disposición del argumento, en el giro de la acción y en la animada lucha de los caracteres. Baste decir que muchas de sus halagüeñas escenas no desdican de las más celebradas del *García del Castañar* y del *Rico hombre de Alcalá* con las cuales tiene mucha semejanza en la situación, especialmente la visita que hace el Rey disfrazado al honrado Juan, que toda su vida había rehusado verle.»

Aquí hay que notar desde luego el error de achacar á Lope los extravíos del gongorismo, cuando precisamente fué uno de sus más decididos adversarios; pero el mismo Colector echa por tierra su falsa opinión, cuando entre las pocas comedias buenas de Matos Frago cita en primer lugar *El sabio en su retiro y villano en su rincón*, á la cual como se ve, tributa los mayores y más merecidos elogios sin advertir que esa producción no es más que un descarado plagio (comenzando por el título) de la obra notabilísima de Lope de Vega. Así es que si Matos Frago hubiera seguido el ejemplo, aunque sin desfigurarlo, del insigne creador del Teatro Español, no habría incurrido en los defectos que con tanta justicia le censura el Sr. Mesonero Romanos, quien por el contrario, habría tenido sobrada razón para aplaudirlo. Por lo demás no hay que sorprenderse de la semejanza que nota el Sr. Mesonero entre la escena de la visita que el Rey disfrazado hace á Juan Labrador, y la que aparece en la escena 11ª del acto 1º de «*El rico hombre de Alcalá,*» pues ambas tienen el mismo origen, puesto que la pieza de Moreto es un arreglo de *El Rey D. Pedro en Madrid y el Infanzón de Illescas*, magnífica producción de Lope de Vega, á lo que podría agregarse otra semejanza con *El mejor alcalde el rey* del mismo insigne dramaturgo.

los vínculos de sólidos afectos. En su epístola al Dr. Matías de Porras traza una escena muy bella en que pinta la felicidad, conquistada después de largas tempestades, al lado de su esposa y de su pequeño hijo Carlos Félix, en el cual había depositado todo su cariño. ¡Con qué verdad expresa el embeleso que le causaban las gracias de aquel niño; las mal formadas palabras de su media lengua, los besos paternales que imprimía sobre su tierna frente, y cómo cuando engolfado en su labor cotidiana se rehusaba á los repetidos llamamientos que se le hacían para que fuese á comer, llegaba el gracioso Carlos, le tomaba de la mano, y le conducía á la mesa sentándole al lado de su madre!

Con este sol y aurora me vestía;  
Retozaba el muchacho, como en prado  
Cordero tierno al prólogo del día.

Cualquiera desatino mal formado  
De aquella media lengua era sentencia,  
Y el niño á veces de los dos traslado.

.....  
Y teniendo las horas más seguras,  
No de la vida, mas de haber llegado  
A estado de lograr tales venturas,  
Ibame desde allí con el cuidado  
De alguna línea más, donde escribía  
Después de haber los libros consultado.

Llamábanme á comer: tal vez decía  
Que me dejasen con algún despecho:  
Así el estudio vence, así porfia.

Pero de flores y de perlas hecho,  
Entraba Carlos á llamarme, y daba  
Luz á mis ojos, brazos á mi pecho.